

9º Capítulo del Abad General para el CFM – 03.09.2012

San Benito, además del cillerero y el enfermero, pide el temor de Dios a los hermanos responsables de la acogida.

En el capítulo 53, sobre la acogida de los huéspedes, pide que “la hospedería se confíe a un hermano cuya alma esté poseída por el temor de Dios [*frater cuius animam timor Dei possidet*]. En ella debe haber suficientes camas preparadas. Y esté siempre administrada la casa de Dios prudentemente por personas prudentes [*et domus Dei a sapientibus et sapienter administratur*]” (RB 53,21-22).

En el capítulo 66, sobre el portero del monasterio, san Benito pide que sea puesto como guardián de la puerta principal “un anciano sabio – *senex sapiens*” (RB 66,1). Y añade: “en cuanto llame alguno o se escuche la voz de un pobre, responda *Deo gratias* o *Benedic*. Y, con toda la delicadeza que inspira el temor de Dios, cumpla prontamente el encargo con ardiente caridad” (66,3-4).

En los dos capítulos se trata de la relación del monasterio con el exterior, con los extraños y, especialmente, con los pobres. Los hermanos enfermos son los pobres de la comunidad; los huéspedes, los peregrinos, aquellos que piden hospitalidad o ayuda, son los pobres que vienen de fuera. En ambos casos, Benito cita la parábola del juicio final de Mateo 25, en la que Jesús los identifica consigo mismo. Lo hemos visto ya en los enfermos. Para los forasteros la identificación con Cristo se afirma desde el inicio del capítulo 53: “A todos los huéspedes que se presenten en el monasterio ha de acogérseles como a Cristo, porque él lo dirá un día: «Fui forastero y me hospedasteis»” (RB 53,1; Mt 25,35). San Benito llega a decir de los huéspedes que “se adorará en ellos a Cristo, a quien se recibe” (53,7).

Por lo tanto, una vez más, el temor de Dios es necesario para reconocer y tratar a Cristo en quien viene a nosotros, sobre todo en quien viene a nosotros sin el poderío del honor humano, sin riquezas: “Pero, sobre todo, se les dará una acogida especial a los pobres y extranjeros, colmándoles de atenciones, porque en ellos se recibe a Cristo de una manera particular; pues el respeto que imponen los ricos, ya de suyo obliga a honrarles” (53,15).

El temor de Dios que reconoce a Cristo, permite ver un valor del otro que exteriormente no aparece, permite ver el valor que cada persona tiene a los ojos de Dios, ver el valor de cada persona porque es, porque existe, y no por lo que tiene o hace.

Esta mirada es una sabiduría y, en efecto, en los dos capítulos se habla de la sabiduría: “La casa de Dios sea administrada por hombres sabios y con sabiduría” (53,22). El portero debe ser un “*senex sapiens* – un anciano sabio” (66,1). Esto recuerda la expresión del salmo 110: “El principio de la sabiduría es el temor del Señor” (v. 10).

Pero además, como he dicho en los capítulos precedentes, este temor de Dios y, por lo tanto, esta sabiduría tienen su fuente en la Cruz, en la identificación de Cristo con la miseria del hombre. La verdadera sabiduría, además, es una mirada de fe que en cierto sentido ve la miseria humana colmada por la presencia y el amor de Cristo. Si se presenta un extraño a la puerta del monasterio, y el espacio de distancia y desconfianza que humanamente nos separa del otro es como relleno por lo que tenemos de más querido y precioso: Jesús, Dios presente en medio de nosotros. Si se presenta un pobre – y los pobres en tiempos de san Benito eran sucios, apestosos, vestidos de harapos – y el espacio de desprecio que humanamente nos separaría de ellos es relleno por la Belleza en persona, por la belleza total del Hijo de Dios.

El temor de Dios que ante la Cruz se convierte en principio de sabiduría nueva, de la sabiduría de la fe, cambia de tal modo nuestra relación con todo lo que sentimos lejano, diferente, enemigo, repelente, porque Cristo ha venido precisamente a relleno de sí mismo el espacio de separación entre los hombres, y a transformarlo en espacio de comunión en la caridad, en su caridad.

Por esto, en estos capítulos de la Regla sobre el modo de tratar a los enfermos, a los pobres, también se habla de aspectos particulares de la vida de la comunidad, y, en el fondo, de aspectos que parecen no concernir a la vida de comunidad en cuanto tal, estos capítulos describen, en realidad, el inicio de un mundo nuevo, de una revolución social y cultural profunda y sin límites. De esta forma una comunidad monástica, como por ósmosis, comienza a difundir a su alrededor aquella que Pablo VI definió, en la homilía de Navidad del año Santo 1975, “la civilización del amor”.

Es muy hermosa la expresión con la que san Benito pide al hermano portero de responder a quien se presenta a la puerta: “Y, con toda la mansedumbre del temor de Dios,” (RB 66,4). No nos esperábamos esta combinación de mansedumbre y temor de Dios. Pero no nos olvidemos que para san Benito el temor de Dios es el asombro que engrandece al Señor que obra en nosotros (Pról. 30). Y ¿qué cosa podría obrar Cristo en nosotros más extraordinaria que la mansedumbre y humildad de su Corazón? Cuando Jesús nos invita: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso” (Mt 11,28-29); Él mismo nos describe como ejerce la acogida de los peregrinos y de los pobres, que somos todos. El portero del monasterio, con su mansedumbre del temor de Dios, no ha de hacer otra cosa que ser instrumento de Cristo que abre su Corazón manso y humilde, e invita y acoge a todos para encontrar descanso en Él. Y el yugo suave es quizá precisamente este temor de Dios que llevamos sobre nosotros, como un buey manso, para dejar dócilmente cumplir a Cristo su obra de caridad hacia todos en nosotros.

Dostoievski pone en labios de uno de sus personajes más miserables y degradados, Marmeladov, el grito que sale de todos los desamparados de la tierra: "Sería necesario que todo hombre tuviese al menos un lugar donde ir. (...) ¡Sería necesario que todo hombre tuviese al menos un lugar donde se tenga piedad de él!" (*Crimen y castigo*, Parte primera, II). ¿No es esto quizá lo que pide o querría pedir la gente que se presenta a la puerta de nuestros monasterios?

San Benito sabe que no podemos responder a todas las necesidades, pero quería que quien se presenta encontrase siempre, y no solo en el portero (que con frecuencia hoy ya no existe), la mansedumbre de un corazón que está en presencia de Dios y adora a Cristo.

Hay un extraño particular en el capítulo 66 del que me di cuenta solo ayer. San Benito dice que el portero debe responder con la mansedumbre del temor de Dios cuando "en cuanto llame alguno o se escuche la voz de un pobre – *aliquis pulsaverit aut pauper clamaverit*" (66,3). ¿Por qué esta distinción entre quien llama a la puerta y quien clama? Porque el pobre clama y no llama a la puerta como los demás?

Quien llama se atreve a acercarse hasta la puerta, se atreve a presentarse y entrar en casa. Es como si el pobre debiera llamar desde lejos, como un leproso que no se atreve a acercarse. Hay pobres que no se atreven a acercarse, pero de los que podemos alcanzar a oír el grito de necesidad.

Quizá estos dos modos de atraer la atención de los monjes por parte de quien está fuera son sencillamente una alusión a los dos modos con los que Cristo mismo solicita nuestra acogida. "He aquí que estoy a la puerta y llamo...", nos dice en el Apocalipsis (3,20). No obstante, muriendo sobre la Cruz, Jesús es el pobre que grita el abandono por parte del Padre (Mateo 27,46) y después "*clamans voce magna, emisit spiritum* – exhalando un grito, entrega el espíritu" (Mt 27,50).

Siempre está Cristo mismo en la petición de acogida de nuestros hermanos y hermanas, y siempre está su grito de abandono y de muerte en el grito del pobre que pide la escucha de nuestro corazón.

Por esto, solo el temor de Dios de la fe y de la memoria de Cristo nos hace capaces de abrir la puerta y responder al grito del pobre en la mansedumbre de Jesús.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist